

## CAPITULO XV.

## "HAY NOMBRES, PERO NO HAY UN SOLO HOMBRE."

Para completar la historia del Partido Democrático, copio dos artículos publicados en "El Tiempo" en los que se hace la fotografía moral e intelectual de la agrupación.

"EL PARTIDO DEMOCRATICO Y LOS QUE EN EL FIGURAN."—El Partido Demócrata, nacido en un momento lúcido de un cerebro que se pasea vacilante en las fronteras de la locura, ha quedado constituido al decir de sus autores; ha lanzado su programa y pretende se le considere como elemento de cuenta en la política mexicana. Fuerza será, por tanto, examinar los elementos que lo componen, los propósitos que le animan, y las esperanzas que promete.

"Estudiando quiénes forman ese Partido, se descubre desde luego que, comprendiendo la debilidad que lo engendra, han buscado un nombre que los ampare, que les dé franca entrada, o al menos, que les permita esperar no se les cierren las puertas de la opinión pública. Y para ello han echado mano del Diputado don Benito Juárez, que lleva un nombre histórico, que, para los liberales significa mucho; y ese nombre, es lo único que poseen, lo único que han podido allegar, lo único que han podido presentar ante la opinión sensata. ¿Puede vivir en

esas condiciones el Partido Demócrata? No; está irremisiblemente condenado a muerte.

"Para explotar el nombre del señor Juárez, se le ha hecho Presidente del Partido. ¿Corresponde el hombre al nombre que lleva? ¿Tiene condiciones, el señor Diputado don Benito Juárez, para ser jefe de un partido político? Porque no basta, en las Repúblicas, especialmente, tener un nombre ilustre. Es preciso, para conducir un partido político, además de los antecedentes, tener una personalidad propia, un carácter, una voluntad, una significación. El señor Juárez, que es un hombre honorable, no tiene ninguna de estas circunstancias, no tiene ningún hecho, ningún acto que lo haga resaltar en la política nacional. Es un hombre bueno, ciertamente; pero no ha sabido ni siquiera abstenerse; no ha sabido colocarse en la situación expectante, que hace subir tanto a los hombres políticos y que señala a los que han sabido colocarse en el debido lugar, como los capaces de resolver una situación difícil en el momento dado. El señor Juárez, por su nombre, por su corazón, que es bueno, con un poco de tacto, con algo de carácter, habría sido una personalidad importante en la política del País; desgraciadamente para él, no ha tenido ni una ni otra cosa. Asiduo concurrente a las antecámaras del Palacio Nacional, debe al favor del Presidente una posición política y social, modesta; posición que con su sólo nombre y sin necesidad de pedir lo que de sobra le habrían dado, habría adquirido.

"El señor Juárez, lo repetimos, sin querer ofenderlo, es un hombre honorable. Es, lo que en términos generales se llama "un buen hombre," completamente inofensivo, sin iniciativa de ninguna especie, y, sobre todo, pesimamente rodeado.



“No tiene condiciones para la lucha, ni tiene temperamento de revolucionario; en una palabra, no heredó las cualidades de su ilustre progenitor. No es, no puede ser Jefe de un Partido.

“Como Vicepresidentes figuran dos jóvenes impacientes y veleidosos. Uno de ellos, el señor Calero, nació a la vida pública, amparado por su padre político, el señor Ministro Sierra, al calor del grupo científico al que parecía afiliado resueltamente por ideales, por convicción y por conveniencia personal. De pronto, y cuando acababa de ser distinguido de una manera especial, se le ha visto hacer armas contra sus antiguos amigos, cambiar bruscamente de actitud, y, primero de una manera embozada en sus discursos ante la Cámara, después ostensiblemente en el proyecto de programa del Partido Demócrata, atacar rudamente a los Ministros, señores Corral y Limantour de quienes ha dicho en el citado documento que va calzado con su firma, que ni garantizan la vida de los ciudadanos, los que ven “atropellados a diario su libertad individual,” ni alientan las fuerzas vivas de la Nación, que están hoy, “entorpecidas por la rigidez de los sistemas en vigor,” ni alivian la “pesada deuda pública que gravita sobre todo el pueblo” como enorme peña que abrumba y mata.

“El señor Calero es hombre inteligente, pero su desmedida ambición, su impaciencia, lo han hecho apartarse de su antiguo camino; y considerado como un tránsito del grupo científico, los inspiradores del Partido Demócrata lo ven con desconfianza. Lo han recibido, sí, con regocijo, y le han brindado con uno de los más importantes puestos en el partido; y lo han hecho así, por restar elementos a otros grupos o partidos; pero la mutua confianza, indispensable en todas las agrupaciones,

pero especialmente en las políticas, no existe entre el Vicepresidente y sus compañeros de partido. Sin inspirar confianza a nadie, el señor Calero puede decirse que ha acabado su carrera política al iniciarla. El primer vicepresidente del Partido Demócrata es, pues, uno de los que tienen antecedentes políticos; pero ese antecedente es el de haber desertado del grupo que lo sacó a la vida pública. (1)

“El segundo Vicepresidente, el señor Peón del Valle, es joven, es poeta, y sus amigos pretenden que es hombre de talento. Esa reputación no ha sido comprobada todavía: en las diversas ocasiones que ha hecho oír su voz en público sus discursos han sido verdaderos fracasos. Lo mismo en la ceremonia del “Cinco de Mayo,” que ante la Tumba de Juárez, que en la Cámara de Diputados, su labor ha sido totalmente infeliz y sus amigos tuvieron que declarar que había sido un mal día para el señor Peón del Valle; y como hasta ahora todas las veces que se ha exhibido en público han sido “malos días,” no es posible formarse un concepto del joven vicepresidente del Partido, de quien repetiremos que sus amigos dicen que tiene talento.

“El temperamento del señor Peón del Valle es jacobino “pure sang.” Enemigo de los científicos, había navegado hasta ahora bajo la sombra del Coronel Tovar. Hoy se ha independido de su maestro y pretende trabajar por su propia cuenta: Es agresivo, impulsivo e irreflexivo. Al menos así se nos ha pintado en sus discursos. Con

(1)—Al señor Calero, realmente lo que le hizo más daño en su vida política, fué su discurso ante el Senado, poco después de haberse separado de la Embajada de Washington, pues en su apasionamiento contra el Gobierno del señor Madero, llegó a decir que conscientemente había estado mintiendo durante seis meses, con su carácter oficial.



tales cualidades, como elemento para ser lanzado bruscamente en determinada oportunidad puede tener algún valor; pero como elemento directivo y de juicio, no tiene ninguno. Carece por completo de antecedentes políticos.

“De las personas que figuran como Secretarios en el Partido, la más saliente es don Heriberto Barrón, que aunque tiene dos antecedentes políticos, nunca se le ha tomado en serio por más que haya pretendido ser el portavoz del General don Bernardo Reyes. El público ha creído siempre del señor Barrón,—en las diversas ocasiones en que ha lanzado entrevistas o reportazgos—que su papel había sido el de simple amanuense, el de instrumento inconsciente cuya opinión ni se había pedido, ni se estaba dispuesto a escuchar en ningún tiempo.

“Los antecedentes políticos del señor Barrón, a que nos referimos más arriba, son dos: uno, haber disuelto con escándalo y brutalmente, el Club Liberal de San Luis Potosí, en el que se inscribió como partidario, para poder consumar el atentado. El otro, es el haber figurado en la expedición filibustera que organizó el Coronel Morales, para invadir a Guatemala.

“De las figuras salientes del Partido, hay un hombre respetable por su nombre, otro que no tiene antecedentes de ninguna especie, y dos cuyos antecedentes no los recomiendan. No hay, pues, en el Partido Demócrata, un solo hombre, ni una sola figura, sobre la que la opinión pública pudiera, no decimos entusiasmarse, pero ni siquiera detenerse un momento para tomarla en consideración.

“No hay quien mueva las masas, ni quien levante la opinión, ni quien sea capaz de entusiasmar al pueblo; y los partidos nuevos, que necesitan prosélitos, necesitan,

no sólo grandes ideas, sino hombres que las hagan llegar a la gran masa por su palabra, por su prestigio o por su enérgica voluntad.

“No tiene tampoco el Partido Demócrata políticos experimentados, que conozcan, no sólo las necesidades del pueblo, sino también la manera de atraérselo; ni jóvenes entusiastas que arribasen por sus heroísmos, que también el heroísmo es un gran factor ante las multitudes. Nada de eso tiene el nuevo Partido, no hay en él más que un nombre, el de Juárez; pero si hay un nombre, no hay ningún hombre.

## II.

“Examinamos en nuestro artículo anterior a los principales personajes del Partido Demócrata, y llegamos a una conclusión, no hay ningún hombre en ese Partido. Después de escrito nuestro artículo, han salido a luz los personajes de segunda fila, los comparsas que figuran como Vocales y Prosecretarios, y en vista de esos nombres, nuestro concepto se ratifica. No hay un solo hombre en ese Partido.

“El licenciado don Jesús Urueta, que figura como primer Prosecretario, orador de reconocidas facultades, es el único que merece una cuantas palabras—de entre esa inmensa lista de desconocidos en la política—es simplemente un orador de admirables facultades, cuyo prestigio concluye al pie de la tribuna, donde acaba de aplaudirse. Pasa con el señor Urueta en sus hermosos discursos, lo que con los fenómenos de espejismo, hay que verlos de lejos, no aproximarse, no querer tocarlos, porque se borran, se esfuman, y en vez de la hermosa y cristalina agua, se encuentra arena, polvo, nada.

“El señor Urueta, como los coches de velada, se ha



ofrecido a todo el mundo, ha mariposeado por todos los grupos de la política mexicana; salió a la vida pública envuelto en el manto de los científicos, patrocinado, como el señor Calero, por su pariente político el señor Ministro Sierra, y como el señor Calero ha negado a su maestro. Del grupo de los científicos salió el señor Urueta, ofreciendo su palabra y su pluma a los creelistas, y poco seguro de su estancia en esa fracción, dióse una vuelta por Monterrey, para de paso ofrecer su pluma y su palabra al señor General Bernardo Reyes, y como el hijo pródigo, cayó de nuevo en el seno paternal del señor Sierra.

“Hoy se presenta como demócrata, ¿por quién trabajará el señor Urueta en ese Partido? Tiene tan poca consistencia política ese señor, que es muy difícil predecir nada respecto a su persona. Diputado al Congreso de la Unión, se ausenta intempestivamente del País, sin decir nada a nadie, sin solicitar de nadie el permiso correspondiente, y las primeras noticias que de Europa nos llegan, es que va a ingresar a una compañía dramática en calidad de actor. Después, en sus veleidades de soñador, vacila en cambiar de nacionalidad, siendo todavía Diputado, para lucir sus excelsas dotes oratorias ante el Jurado español. ¿Quién, pues, tomará en serio al señor Urueta? ¿Cómo juzgarlo elemento de valor, cuando él, que tiene, y a sí mismo se reconoce dotes de inteligencia y palabra, acepta colocarse bajo las órdenes de don Heriberto Barrón?

“Pero veamos si ese Partido, ya que no tiene hombres, tiene ideas nuevas, que le den derecho a entrar en la lid política, ya que las personas que en él figuran no aportan prestigio personal.

“En el proyecto de programa presentado y que pue-

de decirse condensa el credo de la agrupación, se tocan varios puntos; pero los esenciales son los proclamados por el grupo científico hace diez y seis años.

“La reforma electoral y la inamovilidad del Poder Judicial. Esas ideas, no son nuevas, son restos que quedan a los señores Urueta y Calero de su paso por el grupo científico.

“En la aplicación de las leyes de Reforma ya hay variantes, pues si bien ambos partidos han proclamado la necesidad de su mantenimiento, como principio ineludible del credo liberal, los científicos abogan por no extremar la nota; se conforman con el exacto cumplimiento de las leyes, sin perseguir a nadie, y dejando a los creyentes en absoluta libertad, mientras que el Partido Demócrata, siguiendo la inspiración del señor Batalla, viene con tendencias jacobinas, tratando de imponer la aplicación rigurosa de los principios reformistas por medio de la violencia; y la aplicación de nuevas disposiciones coercitivas que revivan las discordias ya apagadas.

“Pero el punto más importante del programa demócrata, la novedad que nos trae, novedad seguramente sin precedente, al menos en la forma que se propone, es la de “vigorizar el régimen municipal;” y para los autores de la idea, esa vigorización exige, nada menos que la supresión del representante del Ejecutivo en la Administración de los Municipios. Piden que se borren de una pluma los Jefes Políticos, esto es, pregonan una vida municipal autónoma, sin liga ni sujeción al Estado.

“La teoría es algo más que socialista, porque la misma razón que hay para suprimir a los Jefes Políticos, la habría para que no existieran los Gobernadores de los Estados, y en último grado, todo el Poder Ejecutivo.

“Pero la idea, por más descabellada que sea, merece-



ría respeto si fuera lógica y consecuente; pero a renglón seguido de pedir la supresión de los Jefes Políticos como medio de vigorizar el régimen municipal, piden la centralización de la enseñanza. Cabe, pues, preguntar ¿qué criterio anima a esos señores? ¿qué ideal persiguen? ¿a dónde van, como dijo el otro?

“¿Van al socialismo? donde parece los encamina su deseo de romper toda relación entre el Poder ejecutivo y los Municipios? ¿O van al centralismo, comenzando por la educación, base de toda función cívica? Porque si van a educar a la niñez bajo un régimen centralista, no es probable que inculquen en esos niños que la idea contraria es la buena; y parece menos probable aún, que un niño a quien desde su más tierna infancia se arranca de la tutela municipal para entregarlo por completo al Ministerio de Instrucción Pública, se convenza, al ser hombre, de la necesidad de vigorizar ese régimen municipal, a menos que la idea que persigan sea la de acabar de desprestigiar al Ministro y concluir de una vez con esa gestión que tan nociva es para el País. Si allá van, si eso se proponen, habrá algo que agradecerles.

“Las dos ideas nuevas que contiene el proyecto del programa del Partido, acusan un criterio antagónico, síntoma de la anarquía política que allí reina. En tales condiciones, ¿qué puede esperarse de esos señores? Nada, discursos con frases más o menos bonitas, mucha música, mucho bombo, pero prácticamente, la Patria, por desgracia, no puede tener ninguna fe en esa agrupación, falta de hombres y de criterios políticos.

## CAPITULO XVI.

## EL GENERAL DON BERNARDO REYES

El General Díaz nunca tuvo la intención de abandonar el Poder. La entrevista Creelman no fué más que un auto-bombo; un medio de que se valió para pulsar a sus amigos y partidarios, y al mismo tiempo presentarse, hipócritamente, como compelido a aceptar una nueva reelección. Pero la entrevista no causó el efecto que él esperaba, sino el contrario, y para borrar la impresión causada y poder efectuar su reelección sin hacer uso de la fuerza, a la que sólo recurría en último extremo, buscó la manera de distraer la atención pública del problema electoral.

Dos acontecimientos le sirvieron para su propósito. La entrevista con el Presidente de los Estados Unidos de América, Mr. Taft, en las ciudades de Juárez y El Paso, y la celebración del centenario de la proclamación de la Independencia Mexicana.

Para los dos acontecimientos hizo preparar grandes fiestas. Con ellas creyó, erróneamente, el General Díaz, que la atención pública no haría caso de la cuestión electoral y que su séptima reelección se consumaría sin obstáculos ni contratiempos.

Pronto notó el General Díaz que las próximas festividades no desviaban la atención del público del problema electoral y en seguida, sin descuidar las festividades proyectadas, comenzó a insinuar la conveniencia de que



se rechazara públicamente la idea de que abandonara el Poder. Los amigos comenzaron la campaña que culminó con la fundación del Club Reelectionista, cuyo origen explicaré en los dos capítulos que siguen. Todos nos prestamos a la maniobra: unos por convicción, esto es, porque nos aterraba el fantasma de la revuelta que juzgábamos difícil dominar después; otros por disciplina, esto es, porque estando íntimamente ligados en la cuestión política, no podían romper con sus amigos de muchos años; otros por resignación, esto es, porque creían que la opinión pública no respondería a ningún llamado contra la autoridad existente; y muchos por conveniencia.

Informados por nuestros amigos de las intenciones del Presidente y solicitado nuestro concurso, el primer movimiento fué de romper con el General Díaz, cosa que pregonábamos algunos como indispensable y forzosa, si no queríamos naufragar en la opinión pública. Se nos hizo ver que la ruptura con el General Díaz llevaría al País a una nueva dictadura militar, pues el Presidente no abandonaría el poder, sino que para conservarlo, se entregaría en manos de don Bernardo Reyes o de su sobrino don Félix Díaz, ambos soldados que nos someterían a un despotismo peor que el de don Porfirio. Entonces no tendríamos más recurso que lanzarnos a la revolución, y esta ocasionaría la intervención americana, lo que nos daría un papel odioso en la historia.

Además, dada la edad del General Díaz—80 años—hacía probable que al comenzar el período dejara el poder y cayendo este en manos de un civil, como el señor Corral, era posible cambiar las condiciones políticas del País. Lo esencial, pues, era que la Vicepresidencia no fuera a recaer en un militar.

Aceptamos someternos y ayudar a la nueva reelec-

ción, que contaría con el apoyo de los elementos más valiosos del País.

En el Club Reelectionista figuraron los científicos más connotados, los católicos más fervientes, los ricos de todos los matices, y hasta parientes cercanos del candidato anti-reelectionista.

Los reyistas, que formaban el verdadero núcleo del Partido Democrático, también apoyaron la reelección de don Porfirio Díaz, atacando la de don Ramón Corral para la Vicepresidencia. Como si la reelección de uno no implicara la del otro; sobre todo, cuando no habiendo funcionado el último, no había motivo para descartarlo, teniendo en cuenta, principalmente, que su conducta como Vicepresidente, había sido completamente correcta y así lo reconocían todos.

El General don Bernardo Reyes, siempre ansioso de halagar al General Díaz, para así afianzar su posición política, fué el primero que, siguiendo las indicaciones del Presidente, objetó la idea de que el General Díaz abandonara el Poder, y para ello hizo publicar sus opiniones en forma de entrevista con don Heriberto Barrón.

Don Bernardo Reyes en dicho documento hace la paráfrasis de la famosa entrevista Creelman, así es que publicando la del General Reyes es inútil publicar la otra. Doy íntegra, pues, la del General Reyes con don Heriberto Barrón.

Después de muchos elogios para el Gobernador de Nuevo León, la entrevista dice así: (1)

(1)—El texto autorizado de esta entrevista fué publicado en "El Imparcial" de 4 de Agosto de 1908, y allí consta la autenticidad de dicha entrevista.



“El señor Barrón.—Mi General, dije, iniciando la conversación, hay momentos supremos en que los pueblos necesitan oír la voz de sus estadistas de más valor, lo cual sirve, a no dudarlo, para encauzar la opinión pública que tanto influye en el destino de las naciones. Se aproxima en México, rápidamente, un nuevo período electoral y el señor Presidente de la República hizo, con este motivo, importantísimas declaraciones al periodista americano Mr. Creelman, que éste publicó en el *Pearson's Magazine*, habiendo sido traducidas y dadas a conocer en casi todos los periódicos de este País. Entre tales declaraciones consta la de que el señor General Díaz está resuelto a abandonar el Poder, al terminar el actual período presidencial. Siendo usted uno de los gobernantes y de los militares que gozan de gran prestigio, creo que sería de suma importancia conocer su modo de sentir en este punto y otros de los que abarca la entrevista del citado periodista americano, con el más sabio y encumbrado de nuestros estadistas.

—Usted sabe, me contestó el General Reyes, qué poco afecto soy a que se discutan mis opiniones y persona en la prensa, sin un objeto serio y motivado. Mis labores, como Gobernador de Nuevo León, absorben todo mi tiempo, y no me dedico a otra cosa que a desempeñar, con el mayor acierto que me es posible, el cargo que se me tiene encomendado, mirando en todo, como cumple a mi deber por el bien y prosperidad del Estado. Mis conexiones con la política general, tan hábilmente conducida por el señor General Díaz, se reducen, pues, a aquello que se relaciona estrictamente con el Gobierno de mi cargo, y nunca salgo de esa norma de conducta. Esto no obstante, como me intereso en lo que pueda afectar el porvenir de la Nación, ha sido motivo de hondas reflexio-

nes para mí el punto que usted trata, y procuraré satisfacer, en lo que me sea dable, el deseo que me expresa, comunicándole mis impresiones personales a ese respecto; pues por poco valor que ellas tengan, como emanadas de mi personalidad, unidas a las demás, formarán la corriente que ha de impulsar el desenvolvimiento en la cuestión electoral que tenemos en perspectiva.

“Leí con detenimiento cuanto se refiere a la entrevista del señor Presidente con Mr. Creelman ¿qué mexicano atento al bien del País no lo ha hecho? y he podido apreciar la gran importancia de las declaraciones atribuidas al señor General Díaz.

“Entre ellas consta la siguiente, que por su trascendencia es la que ha llamado más la atención pública, y se discute en la actualidad por algunos órganos de la prensa.

“Cuando mi actual período termine, me retiraré de la Presidencia, cualesquiera que sean las razones que mis amigos y partidarios aduzcan en contra, y no volveré a servir ese cargo. Cuando esto suceda, tendré ochenta años de edad.”

—Un sentimiento de delicadeza, manifestado ya en otras ocasiones, es indudablemente el que ha impelido al Presidente a hacer esta declaración. Un hombre de sus tamaños, sobre el cual están fijadas las miradas del mundo entero, desea, y tal deseo es muy natural, que no se le considere como un obstáculo para el progreso de nuestra naciente democracia. En el extranjero, donde las condiciones de nuestra vida íntima como Nación, no son perfectamente conocidas en sus poridades íntimas, pudiera creerse que la continuación en el Poder del señor General Díaz, era un óbice al desarrollo de la democracia de una República, que, al estar ya bien cons-



tituida, exigirá la continuada y pacífica trasmisión del Poder, de una a otra personalidad.

Tal es el principio, y él regirá entre nosotros con regularidad, en época quizás no muy lejana. Pero ahora, el bienestar de México requiere aún la permanencia del señor General Díaz en la Presidencia, y ese es, en mi concepto, el sentir unánime de la Nación, en todo aquello que tiene de valer, en el campo de los negocios y de la política. No es la edad la que puede obligar al Presidente a retirarse, gozando como goza aún de extraordinario vigor intelectual y físico y de una salud envidiable. Así lo reconoce él mismo, según expone Mr. Creelman, cuando pone en su boca, en otro pasaje de la entrevista, las siguientes frases:

“A la edad de 77 años estoy satisfecho con mi robusta salud. Este es un bien que ni la ley ni la fuerza pueden crear.”

—No es tampoco un sentimiento de egoísmo el que pudiera orillarle a adoptar tan grave resolución. Acostumbrado desde sus más tiernos años a sacrificar a su Patria todas sus energías, a trabajar sin descanso, la enorme labor que sobre sus hombros pesa, la desempeña con relativa facilidad, habiéndola metodizado de una manera bellísima; y esa abrumadora suma de trabajo, que mataría a otro hombre menos fuerte, es ya para él un hábito, y fuente más bien de salud y bienestar, que de decaimiento y cansancio.

“Podré dejar la Presidencia de México, ha dicho el General Díaz; pero no podré dejar de servir a mi Patria, mientras viva.”

—Y cómo, pregunto yo, podrá mejor servir a su Patria, que dirigiéndola de una manera efectiva, como su Primer Magistrado, si posee aún las aptitudes conve-

nientes para dar, con mano maestra, los últimos toques a su obra, para que perdure indestructible y fuerte?

—Menos aún debemos suponer en el General Díaz, falta de acatamiento a la opinión pública, cuando en la tan comentada conferencia Creelman ha dicho:

“No puedo ver una razón convincente, por la que el Presidente Roosevelt no fuera electo de nuevo, si la mayoría del pueblo americano desea que continúe en la Presidencia.....”

“No cabe la menor duda de que Mr. Roosevelt es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama a su País. El temor americano por un tercer período, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esta materia. Si la mayoría del pueblo de los Estados Unidos aprueba su política, y desea que continúe su obra. Este es el punto de real y vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea que continúe en la Presidencia.”

—Tales son los principios del señor General Díaz aplicables a una nación extraña. ¿Podrán estos variar, tratándose del bienestar de nuestra propia Patria?

—Algunos de los periódicos que discuten la cuestión presidencial, han dejado inadvertidos estos pasajes que acabo de citar, de la entrevista del señor Presidente con Mr. Creelman, y se han referido solamente a su deseo expresado de retirarse de la Presidencia.

—El señor General Díaz no sería, pues, inconsecuente con sus propios principios y opiniones, aceptando un nuevo período presidencial.

—Tomando sus propias frases, de gran sabiduría y peso, aplicables a nuestra Patria, yo diría:

“No puedo ver una razón convincente, por la que el Presidente Díaz no fuera reelecto de nuevo, si la ma-



yoría del pueblo mexicano desea que continúe en la Presidencia. No cabe duda de que el General Díaz es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama a su País. Su propósito de retirarse del Poder, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esta materia, si la mayoría del pueblo mexicano aprueba su política y desea que continúe su obra. Este es el punto real y de vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea que continúe en la Presidencia.”

—He expresado esto, tratándose de tomar las mismas palabras atribuidas al General Díaz, por el periodista americano Mr. Creelman, que por lo que toca al caso exclusivo de la reelección presidencial en México, veo que, estimándola como una necesidad la Nación entera, el heroico salvador de la misma, que le ha dado la paz, prosperidad y grandeza, no sería quien se negaría a atender el voto unánime del pueblo, porque se sentiría, por sus propias convicciones, por su amor a ese pueblo, y por respeto a los sinceros votos de éste, obligado a atender semejante sufragio, por lo demás, de carácter eminentemente democrático.

—Y debemos convenir en que, en este caso, no es la mayoría, sino la Nación entera, la que necesita al General Díaz y desea que continúe en la Presidencia, para que complete su titánica obra.

—La opinión se ha manifestado ya en este sentido, en los principales y más sensatos órganos de la prensa periódica; ha penetrado en la masa y no tardará en presentarse arrolladora y terminante ante el señor General Díaz, quien, estoy seguro, cual he dicho, que obedecerá la voz de su acendrado patriotismo, y aceptará nueva-

mente el sacrificio de su tranquilidad, en bien de su Patria.

—Por otra parte, y a medida que la edad del Presidente avance más, está en aptitud de tomar períodos de descanso, como lo crea conveniente a su salud. El establecimiento de la Vicepresidencia satisface entre otros, ese objeto, siendo el principal, el de asegurar la ordenada y pacífica sucesión del Poder, por lo cual en lo referente estamos a salvo también de dificultades, en el futuro evento, por todos temido, de que el General Díaz rinda su último tributo a la naturaleza.

—Hay consideraciones de orden diverso, que fundan, en mi entender, la necesidad de que el General Díaz sea reelecto para un nuevo período.

—En condiciones enteramente distintas a las de la Nación vecina del Norte, surgió la nuestra a la vida independiente. La dominación absoluta de la monarquía española, durante 300 años, impidió que se desarrollara en México, todo germen de democracia: y cuando a impulsos de un movimiento incontrastable, propio de una colonia vigorosa, México rompió los vínculos que la unían a España, las instituciones republicanas eran para ella algo como un vago y hermoso sueño que, para realizarse, habría de encontrar formidables obstáculos, siendo el principal, el estado de incapacidad de la gran masa popular, que de hecho, había permanecido por tres centurias en la servidumbre y en la ignorancia.

—Partiendo de semejantes antecedentes, natural debe considerarse la conflagración de nuestras luchas intestinas, cuyo objeto era acabar con un régimen profundamente enraizado en nuestra vida social, e implantar uno nuevo y desconocido; objetivo que solía extraviar el cúmulo de ambiciones y de personales intereses que se



mezclaron en aquellas luchas, hasta llegar a significar ellas una verdadera anarquía.

—Cuarenta años, brevísimo instante en la vida de una nación, eran notoriamente insuficientes para realizar tan magna transformación; y de ahí que, cuando el General Díaz llegó al Poder, tras de la uniformidad de miras que determinaron nuestras guerras contra la intervención y el imperio, no obstante los heroicos empeños del preclaro Juárez, el problema estaba en pie.

—De ahí también que el Gral. Díaz, con esa clarividencia que todos le reconocemos, trató en el acto de la conveniencia de desarrollar los inmensos y ricos recursos naturales de nuestro suelo; la necesidad de crear, desde luego, riquezas y hábitos de trabajo, que sólo se adquieren al amparo de la paz, para favorecer, cumplido este primer punto de su programa, la evolución política, lenta y educativa, que nos condujera a la verdadera democracia, a la real y efectiva República Federativa, conservando entretanto la forma y dirigiéndonos al ideal a que nos iríamos acercando gradualmente, sin sacudidas violentas ni alteraciones del orden público.

“Hemos preservado —ha dicho el General Díaz— la forma de gobierno republicano y democrático. Hemos defendido y conservado intacta la teoría, pero adoptando una política patriarcal, en la actual administración de los negocios de la Nación, guiando y restringiendo las tendencias populares con una fe plena en que una paz forzosa harían a la educación, la industria y el comercio, desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo naturalmente inteligente, suave y sentimental.”

“Hemos sido severos. Algunas veces severos hasta llegar a la crueldad; pero ha sido necesario obrar así,

por la vida y progreso de la Nación. Si ha habido crueldad, los resultados la han justificado.”

“Ha sido mejor derramar poca sangre para salvar mucha. La sangre derramada ha sido sangre mala, y buena y generosa la salvada.”

“La Paz, aún una paz forzada, era necesaria para que la Nación tuviera tiempo de trabajar y reflexionar. La educación y la industria, han completado la tarea comenzada por el Ejército.”

—Bajo tales principios, la primera parte del programa del gobierno del General Díaz, ha sido brillantemente cumplida. La evolución meramente social, está completa. México, con sus escuelas, sus ferrocarriles, sus minas, sus fábricas, su comercio, su agricultura, sus telégrafos; la enorme suma de capital extranjero y nacional invertido en la exploración y explotación de sus inmensos recursos naturales y dos generaciones educadas dentro de las provechosas prácticas del amor al trabajo y del amor a la paz, está consolidado para siempre. Posee riquezas que cuidar y aumentar; bienestar que conservar, y no atentar, en un raptó de inconcebible locura a destruir o menoscabar lo que se ha obtenido a costa de tanto afán y sacrificio.

—En tales condiciones de avance, el Presidente ha puesto mano a la segunda parte de su obra, a la evolución política. La Nación está completa, había que completar la República.

—A ello han tendido todos sus últimos pasos, y sus intenciones futuras, están bien delineadas.

“Vería con gusto que en la República surgiera un partido independiente—ha dicho el General Díaz, según Creelman.—Si apareciera, le miraría como una bendición, y no como un mal. Y si fuera capaz de desarrollar



poder bastante para gobernar y no para explotar, me pondría de su lado, le ayudaría, le aconsejaría, y me olvidaría de mí mismo en la inauguración feliz de un gobierno completamente democrático para mi Patria."

"He creído y creo aún en los principios democráticos, aunque las condiciones me han impelido a usar severas medidas para asegurar la paz y el desarrollo que debe preceder necesariamente al Gobierno democrático. Meras teorías políticas, no crearán nunca una nación libre."

"La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista, debe tratar de satisfacer las ambiciones individuales, tanto como sea posible; pero de que al mismo tiempo, debe poseer un extinguidor para usarlo sabia y firmemente cuando la ambición personal arde con demasiada viveza, con peligro para el bienestar común."

—Y bien, cuando no es dable contar con la dirección del General Díaz en los momentos más necesarios de ella, para que quede su obra coronada, ¿hemos de prescindir de esa dirección, sabiendo, como sabemos, que al pronunciarse la opinión pública para que siga al frente de los destinos nacionales, él atenderá los sufragos del pueblo?

—¿Vamos a dejar que se retire el estadista prudente y sabio, cuando además de podernos ofrecer una Nación fuerte y rica, nos la puede legar democrática, completa y firmemente consolidada?

—¿Vamos a permitir que se separe de la nave el hábil timonel, que la ha hecho cruzar a salvo todo un océano turbulento, cuando poco nos falta para llegar al puerto?

—No, amigo Barrón, me dijo el General Reyes, de-

teniéndose y agregando en un tono profundo y sentencioso: "el deber de todo buen mexicano, estriba en convencer al General Díaz de que debe aceptar su elección para un nuevo período presidencial, y esa obligación tenemos que cumplirla."

—Sabe usted mi General, agregué en seguida, que hay quienes creen o suponen al menos, que si usted sobrevive al señor General Díaz aprovechará su prestigio como militar y gobernante, para promover una revolución y adueñarse por la violencia del poder supremo?

El General Reyes al escuchar mis palabras, se detuvo bruscamente, como impelido por un resorte: su cuerpo se irguió, asumiendo la actitud marcial que distingue al bravo militar; la sangre afluyó a su rostro, dándole un marcado color rosado, rasgo característico en él, cuando habla a impulsos de un vivo sentimiento; sus ojos, generalmente de una expresión suave y afectuosa, brillaron con fulgor intenso, en el que podían leerse al mismo tiempo, el ardor, la indignación y el fuego del patriotismo.

—Tal suposición, me replicó vivamente, es una insensatez en quienes no me conocen, y una malignidad inicial en quienes conocen mi manera de ser, y los inmaculados antecedentes de toda mi vida militar.

—Desde que ingresé al ejército nunca he desenvainado mi espada sino en defensa de mi Patria y de sus instituciones. Fui a la guerra desde adolescente a pelear contra la agresión injusta de un enemigo extranjero, y derramé mi sangre en las luchas por la independencia de la República, como lo hice después, también peleando con todo el valor de que soy capaz, en defensa del gobierno constituido y aceptado por la Nación; y si en



medio de la corruptora inmoralidad de la revuelta, me conservé puro en el acendrado patriotismo, ¿cómo ahora, con la experiencia y reposo que dan los años, identificado como buen mexicano, con los más sagrados intereses de la República, habría de macular mi modesta pero limpiísima historia militar, haciendo criminalmente retrogradar mi País, a la época funesta de la anarquía, orillándolo a un conflicto extranjero, que sobrevendría inevitablemente como consecuencia de una grave alteración del orden público, en momentos en que perdíamos al pacificador, al gran reformador de nuestro México?

—Creerme capaz de atentar, así, contra la paz interior, y por ende, hasta contra la de carácter internacional, pues la intervención extranjera hoy se impone para garantizar los cuantiosos capitales venidos del exterior a nuestras industrias y mercados, es suponer insensatamente, o con vil malignidad, a quien nunca faltó a las leyes del honor como soldado, y a quien ha probado con sus constantes servicios en todo orden, su amor a la Patria, capaz de infamarse con el crimen de traicionarla!

—Esta suposición sería cruel para mí, si no fuera estúpida por falta de lógica para hacerla, o por sobra de maldad para inicuaamente fraguarla.

—He ganado mis grados militares uno a uno, como premios de guerra; y solamente con el último, de general de División, tras de veinte años de General de Brigada, en que desempeñé graves comisiones y altos mandos en Sonora, San Luis Potosí y los Estados de la frontera, me agració el señor Presidente, ya en tiempo de paz, mandándome ceñir la banda azul.

—Y cuál ha sido mi carrera política? Ella, aunque de poca significación, es bien conocida por la pureza de sus actos, por la constancia de los servicios y por una

evidente fidelidad hacia el Supremo Gobierno, la cual impone el civismo a todo ciudadano y el honor a todo soldado. (1)

—Esa absurda suposición a que usted alude, se mella sin herirme, ante la inquebrantable coraza que han forjado y pulido los antecedentes de toda mi vida. Por lo demás, sólo ha podido partir de gente vulgarísima.

—Cuando la Nación sufra la inmensa pérdida del gobernante que hasta aquí con tanta habilidad y patriotismo la ha regido, será el gran momento de prueba para los mexicanos.

—Entonces debe mostrarse al mundo, de una vez para siempre, que México es ya una nación digna de figurar al lado de las que más se precian de cultas y progresistas. Entonces es cuando debemos dar una prueba palpable de que el sacrificio de toda una vida, como la del General Díaz, para formar y consolidar esta Nación, no ha sido estéril.

—Nuestro deber, si el triste suceso viniera estando él en la Presidencia, sería sostener unidos, dentro del sentimiento grande y poderoso de la Patria, al sucesor que la ley le ha creado, al Vicepresidente de la República.

—Sólo así favoreceríamos la evolución pacífica que habría de conducirnos al ejercicio de la democracia, y sólo así seremos dignos de un legado de paz y prosperidad que estamos obligados a conservar.

—Para llegar a este resultado, los directores de la opinión pública, los políticos de prestigio, deben reprimir con todo el esfuerzo de una voluntad fortalecida

1) — Toda esta fraseología la olvidó el Gral. Reyes meses después, cuando se pronunció contra el Gobierno de Madero.



por el amor a la Patria, sus propias y personales ambiciones, y las reflexiones e impacencias de que pudieran ser capaces sus amigos y partidarios.

—Los partidos políticos, sostenedores de altos principios de Gobierno, que no son otra cosa que los órganos de exploración y acatamiento de la opinión pública, de la voluntad popular, son útiles a la democracia, y nos aproximamos indudablemente a la etapa en que deben surgir y desarrollarse, pero sin violencias ni apresuramientos. Quizás el Presidente tenga aún tiempo de verlos florecer, y de ayudar y encausar su acción.

—Las facciones sin principios, puramente personalistas, son nocivas a todos los gobiernos, lo mismo a los monárquicos que a los republicanos. Cuando logran el dominio por medio de la intriga y el engaño, todos sus actos van encaminados a la venganza, todas sus energías se dedican a conservarse en el Poder, y todas sus ambiciones se aplican al medro personal.

—Contra semejantes facciones debe, en toda época, usarse sabia y firmemente, el extinguidor de que habló el señor Presidente en su entrevista con Mr. Creelman.

—Cierto que los partidarios informados en los altos principios de gobierno necesitan también personalidades, por ser los principios puramente abstractos y tener alguien que llevarlos a la práctica; pero en este caso, hay la enorme diferencia de que son las personas las que quedan subordinadas a los principios y no al contrario.

Y ¿cree usted, señor, dije, que los motines acaecidos últimamente en Viesca y en algunos pueblos de la frontera, hayan tenido alguna importancia, y sean la expresión del sentimiento de algún partido o facción política?

—Es ya bien sabido, contestó, no sólo en México, si-

no en el mundo entero, pues hay que convenir en que las naciones con quienes cultivamos cordial amistad nos hacen ya justicia, que tales motines, sin importancia alguna, no asumieron sino el carácter de bandolerismo, y han sido obra de malos mexicanos, que no pudiendo vivir en México, por haber atraído con su conducta la persecución de la justicia, han hecho desde el extranjero una industria infame de la conspiración, buscando refugio del otro lado del Bravo, donde unidos a malhechores que acuden a las fronteras para estar prontos a eludir la acción de las autoridades, preparan golpes de mano, propios de bandidos, sin que puedan llegar a tener trascendencia política, y los cuales sirven para probar el buen criterio nacional, y la firmeza inmovible de su estado de paz, que se afianza en la costumbre adquirida del trabajo honesto y fructuoso, a que se dedica la gran masa de la Nación a que la ha hecho arribar la política enérgica, prudente y sabia de Porfirio Díaz.

—La pronta acción desplegada por el Gobierno sofocó inmediatamente esas manifestaciones de bandolerismo, y los que en ellas tomaron parte, están ya capturados o prófugos.

—El crédito de México, como es bien sabido, no sufrió en lo más mínimo a causa de esos criminales alborotos, que se registran con frecuencia, y quizás con mayor intensidad, en otras naciones de antaño cimentadas y ellos han venido a demostrar la incontrastable fuerza de nuestro Gobierno, para reprimir cualquier desorden y dar plenas garantías al capital extranjero y nacional que trabajan pacífica y ordenadamente, en el desarrollo de nuestras grandes fuentes de riqueza.

—No es, por otra parte, en la etapa de progreso que



hemos alcanzado, por la revolución, sino por la evolución firme, serena y constante, por la que llegaremos a obtener el ejercicio de la democracia. El Gobierno del General Díaz favorece notablemente esa evolución, y nosotros debemos procurar que ese gobierno continúe mientras sea posible.

—Y piensa usted, mi General, que los Estados Unidos favorezcan esa evolución nuestra de que usted habla?

—Pienso que si los Estados Unidos no favorecen nuestra evolución hacia la democracia, no tienen por qué estorbarla, y menos cuando se muestran amantes de ella y amigos nuestros.

—Dignidad, honradez, justicia y benevolencia, son las virtudes que debe ejercitar una colectividad llamada Nación, en sus relaciones con las demás. Dignidad frente al fuerte, si apremia mostrarla; benevolencia frente al débil; justicia y honradez en sus compromisos para todos.

—Haciendo un resumen y ampliando ciertos conceptos, yo podría decir a usted, añadió el General Reyes, que la prosecución del General Díaz en la Presidencia dará más firmeza, mayor prestigio a la institución de la Vicepresidencia, la cual asegura la paz en cualquier desgraciado evento del porvenir: que esa continuación podrá servirle, teniendo la autoridad del puesto en que lo mantengamos, para dejar ejercer, si es necesario, a ese sustituto llamado por la ley, cuyo experimento será acaso favorable a la evolución democrática.

—Ahora, debemos pensar, que siendo tan interesante el puesto de Vicepresidente, en todo tiempo, y más en nuestras especiales circunstancias, al tratarse de su elección en el próximo período, dado que hemos fiado la dirección de nuestros asuntos al General Díaz, porque to-

da su pasada heroica vida nos garantiza que se seguirá esforzando por el bien de México, tendremos que buscar un candidato entre las personas que en los momentos actuales de cerca lo rodean, cuentan con su confianza y están en sus secretos de Estado, pues de otro modo, estorbaríamos la marcha que quisiera seguir en las preparaciones del futuro nacional, y esto, además de ser ilógico, revestiría el carácter de la obstrucción impolítica, que habría de cohibir el desarrollo de los altos propósitos de nuestro Presidente, quien, con mayor devoción que nunca, sin duda, habrá de llevar a efecto los últimos actos para el mejoramiento de una patria, a la que se ha consagrado con todo amor y que le muestra la necesidad que de su persona tiene todavía para afianzar su prosperidad, efectuar los necesarios progresos políticos que demanda su entidad republicana, y para su mayor venidera gloria, que inmortalizará la que de justicia corresponde al eminente servidor.

Expresé al señor General Reyes mi más cordial agradecimiento, por haber sido benévolo al contestar las interesantes preguntas que le había dirigido, le pedí como señalado favor que me concediera publicar en mi periódico "La República," cuanto me había dicho, a lo que accedí, diciendo que por más que consideraba que su voz no tenía autoridad, creía que todo ciudadano que fuese requerido, debía dar a conocer sus ideas en asuntos tan trascendentales como los que yo había tocado; pero yo no he querido omitirlo, y exponiéndome con mi indiscreción a su desagrado, lo publico, esperando que el General me perdone, en gracia de que, si por su parte estima que no tiene ninguna significación su persona, muchos, muchísimos, y yo entre ellos, opinamos lo contrario.



Así, pues, los lectores de mi periódico concederán a las diversas declaraciones del señor General Reyes, Gobernador de Nuevo León, uno de nuestros estadistas y militares de gran prestigio, todo el valor que pueden tener en el momento histórico por el cual atraviesa nuestra Patria.

Monterrey, Julio 28 de 1908.—Heriberto Barrón.

\* \* \*

La entrevista del General Reyes, que fué comentada de diversos modos por la prensa de aquellos días, dibuja perfectamente al personaje. El General se presenta como el iniciador de la reelección: es un incondicional del Gral. Díaz, dispuesto a acatar su mandato y a sostener al Vicepresidente de la República, que supone no será él, para así no despertar la desconfianza del Presidente. No hay alabanzas que no le dirija, ni lisonjas que no le ofrezca. En el lenguaje que le es peculiar, se traiciona a sí mismo, al rechazar el cargo que nadie, ostensiblemente, le había formulado, de ser capaz de iniciar una revolución. Sus palabras podrían refutarse con las mismas que usó en la proclama que tres años después, lanzó al pronunciarse contra el señor Madero. Ambos documentos, son prototipo de inconsecuencia de ideas políticas. El hombre queda retratado ante la Historia por sí mismo.

Mientras el General Reyes hablaba en los términos que dejo transcritos, sus amigos comenzaron a trabajar su candidatura para la Vicepresidencia, atacando rabiamente al Candidato del General Díaz.

El General Díaz no se dejó engañar con la palabrería de don Bernardo Reyes, objeto principal que llevaba la entrevista; y cuando los trabajos electorales se acentuaron, no obstante que los delegados enviados por el

Gobernador de Nuevo León, unánimemente votaron por la candidatura Díaz-Corral en la Convención celebrada en México (1) el Presidente, siempre desconfiado, juzgó, dada la actitud de los amigos y principales partidarios del General Reyes, que debía tomar algunas precauciones y la primera fué designar al General Gerónimo Treviño como jefe de la 3ra. Zona Militar.

El General Reyes había sido el instrumento empleado por el General Díaz para acabar con el prestigio que los Generales Treviño y Naranjo tenían en la frontera, cuando temió que dichos jefes pudieran oponerse a sus designios de reelección indefinida; y cuando desconfió de su instrumento, y temió que éste a su vez se negara a acatar su mando, fué al General Treviño, superviviente en aquellos momentos de la dualidad fronteriza, a quien encomendó la vigilancia sobre el Gobernador de Nuevo León. El General Reyes, al sentir el movimiento del General Díaz, pensó que las represalias que tomaría el General Treviño serían terribles, y se preparó para resistir. Al efecto, abandonó Monterrey y se retiró para la Sierra de Galeana, pretextando motivos de salud. Como siempre, su indecisión lo perdió. No quería someterse, pero tampoco rebelarse; y en actitud de rebelión, pero clamando en todos los tonos que seguía de súbdito fiel de don Porfirio Díaz, estableció su Gobierno en la ciudad de Galeana, procurando rodearse de elementos con qué resistir.

El General Treviño no perdió el tiempo, inmediatamente comenzó a rodearlo, haciendo ir desde México

(1)—Los detalles de esta Convención se encuentran en el Capítulo XIX.



fuerzas en las que tenía absoluta confianza (2) y lo cercó de tal manera que hiciera imposible la resistencia si se decidía a hacerla. No la hizo; una inundación repentina, debida a ciertas obras hechas por el General Reyes en la ciudad de Monterrey, lo obligaron a definir su situación y regresar violentamente a Monterrey. El viaje lo hizo a caballo, acompañado de una escolta y con todas las precauciones del que va perseguido o teme serlo. Atravesó la sierra y cuentan que al llegar a Monterrey y descender de la cabalgadura, lanzó un hondo suspiro y dijo a los fieles que le acompañaban: "Si los papeles se hubieran trocado, el General Treviño no habría llegado vivo a su casa."

El General Díaz envió a Monterrey, para convencer al General Reyes de que debía dejar el Gobierno del Estado y salir para Europa, a don Manuel Calero, Vicepresidente del Partido Democrático. A los pocos días llegó don Bernardo a México y conferenció nuevamente con el señor Calero, quien lo acompañó a la entrevista que tuvo con el General Díaz en Chapultepec. En ella se convino que saliera inmediatamente para el extranjero. El Gobierno Federal le confió una misión en Europa, dotándolo ampliamente de recursos para que pudiera vivir cómodamente con su familia en la Capital de Francia. Allí encontró, meses más tarde, en Julio de 1910, al señor Limantour.

Las fiestas del Centenario, que fueron suntuosas, no tuvieron por testigos a los jefes de las dos agrupaciones

(1)—El Brigadier Juvencio Robles, al frente del 23 Batallón, que acababa de hacer acto de presencia en Cuernavaca, para la elección de don Pablo Escandón, salió en seguida para Monterrey.

políticas que más habían luchado por predominar en el ánimo del General Díaz.

El Presidente había trabajado sin tregua ni descanso, por desunir a los dos hombres que mayor prestigio tenían en aquella época en el País. No quiero discutir si ese prestigio era fundado o no, los lectores de esta obra podrán deducirlo de los hechos en ella narrados; pero es un hecho indiscutible que tanto el señor Limantour como el General Reyes, eran considerados como dos hombres políticos que se completaban y que muchos creían que unidos, habrían podido hacer la obra de consolidación de la paz, que sólo sostenía hasta esos momentos, el temor al férreo brazo de don Porfirio Díaz. Tal parecía que había sido el pensamiento inicial del General Díaz, cuando hizo creer al señor Limantour en la posibilidad de abandonarle el Poder. Para ello lo había hecho ir a Monterrey y ponerse de acuerdo con el General Reyes; pero como arrepentido inmediatamente de su obra, apenas iniciada, su esfuerzo se encaminó a destruir esa unión; a hacerla imposible. Tarea por otra parte nada difícil, dados los elementos que rodeaban a uno y otro personaje, cuyas tendencias e ideales eran diametralmente opuestos. Los dos hombres podían unirse, las tendencias que representaban, jamás.

El General Díaz se había complacido en destruir una obra que, repito, no podía subsistir, porque los amigos del señor Limantour, cuyas ideas políticas estaban bien definidas, no tenían ninguna confianza en el General Reyes; y los enemigos de éste, odiaban a los que habían elevado al señor Limantour, cuyo criterio político sabían era totalmente distinto al del divisionario jalisciense. La tarea emprendida por el Presidente era obra fácil mientras los dos personajes estuvieran en la República y no



podieran sustraerse a las influencias que les rodeaban; pero en París, lejos del medio, y libres de los consejos y de las exigencias de sus respectivos amigos, abandonados ambos a sus personales ideas y movidos por sus personales ambiciones, podían entenderse y se entendieron perfectamente.

El señor Limantour, sin embargo, negó terminantemente haber hecho alianza con su antiguo enemigo y sostuvo que sus relaciones habían sido de simple cortesía. En cambio, el General Reyes sostuvo que habían pactado la separación absoluta de los científicos de la cosa pública; la renuncia del señor Corral a la Vicepresidencia y a toda ingerencia en la política del País; el exterminio de la revolución, negándose en lo absoluto a tratar con los jefes de ella; y su nombramiento como Ministro de la Guerra, pudiendo disponer de todo el dinero que fuera necesario para la campaña. Los hechos posteriores vinieron a demostrar que el Ministro de Hacienda no había tenido inconveniente en sacrificar todos sus ideales y todos sus afectos encerrándolos en el puño de la espada del General Reyes, para que ella le abriera el camino del Poder, para cuyo logro ambos se unían. Nada más que el señor Limantour, como siempre que quería lanzarse solo en el campo de la política, perdió el camino y rodó al abismo.

El General Reyes, mucho más mañoso, al quedar concertada aquella alianza, debe haber lanzado un suspiro más profundo, de más intenso regocijo que el que se dice exhaló al descender del caballo en Monterrey, después de la huída de Galeana: porque aquella alianza significaba su victoria más completa, quizá el logro de sus ambiciones, precisamente cuando estaba a punto de perder toda esperanza. El señor Limantour creyó sacrificar úni-

camente sus ideales y sus amigos: se equivocaba, el primer sacrificado era él. Ya no le quedaría otro camino que continuar al lado del héroe de Tamiapa y la Unión; cobijarse bajo su ala; ampararse con su espada; en una palabra, servir de escalón para que don Bernardo Reyes satisficiera sus ambiciones.

Al darse aquel abrazo los antiguos enemigos, deben haber recordado las humillaciones sufridas por ambos, las vejaciones que se les habían impuesto, las intrigas del Presidente para desunirlos. Ambos han de haber culpado al General Díaz de la situación en que se encontraban, y sin decirlo, debe haberse perfilado en el espíritu de ambos un vehemente deseo de venganza, natural en el hombre, explicable en la situación por que atravesaban.

No tuvieron tiempo de hacer efectiva la unión. El señor Limantour, al regresar al País, quiso cumplir lo ofrecido; los acontecimientos se lo impidieron. Detenido el General Reyes por la Revolución triunfante en la Habana, su hijo, el licenciado don Rodolfo, arregló que su padre viniera como sostén del nuevo Gobierno. Don Bernardo Reyes al regresar a México, lo primero que hizo fué expedir una especie de manifiesto, de color netamente revolucionario, arrojando la responsabilidad de todos los desaciertos cometidos por el General Díaz, y de todos los males que aquejaban a la República, a los científicos. Ausentes del País los principales hombres de la agrupación, mis amigos, escribí al General Reyes una carta, exigiéndole las pruebas de sus afirmaciones. Me contestó la carta que en seguida transcribo, con la contestación que le dí. Así creo dejar retratado a un personaje que pertenece por completo a la historia, y a quien



juzgo como uno de los principales responsables de la situación por que atraviesa el País. (1)

Las cartas dicen así:

General Bernardo Reyes.—7a. de las Flores Núm. 124.—México, D. F.

México, Junio 14 de 1911.—Sr. Lic. don Ramón Prida.—Presente.

Muy señor mío:

He recibido su carta del día 12, que hace usted bien en escribir como miembro de un grupo que tanto influyó en la Administración pasada.

Me hace usted una interpelación, que no estoy en el caso de contestar, pues, creo que Ud. sabe muy bien cuántas y cuán profundas son las causas que, dentro de mi criterio, tienen que existir, para juzgar como juzgo, la labor de aquel grupo "científico;" me pide usted demostración de las declaraciones que hago en el Manifiesto, dirigido a mis conciudadanos y a mis compañeros de armas, y aun cuando podría escribir, y acaso escriba algún día, un libro sobre el particular, hoy me atengo a la opinión pública, esperando para lo futuro, el fallo de la historia, que, en mi concepto, confirmará mis ideas

Sin duda diversos escritores de profesión, que pueden ocuparse de este asunto, sin distraer atenciones superiores, satisfacerán su deseo.

Soy de Ud. atto. y afmo. S. S.

B. Reyes.

(1)—Al decir que estaban ausentes del País los principales científicos, me refiero a los señores Pineda y Macedo. Otros, como el señor Creel, estaban en México, pero no dieron ningún paso para refutar los ataques del General Reyes.

México, 16 de Junio de 1911.

Sr. General de División don Bernardo Reyes.—Presente.

Señor General:

Tomo nota, según la carta de V. fecha 14 del actual, que para hacer la afirmación de que "el grupo científico sea responsable de las desgracias de la República" se atiene V. a la opinión pública, única prueba que puede V. aducir por ahora, esperando para lo futuro el fallo de la historia, que cree V. confirmará sus ideas. También dice V. que yo debo saber cuántas y cuán profundas son las causas que, dentro de su criterio, deben existir, para juzgar como juzga la labor de aquel grupo "científico."

Respecto a este último concepto, debo hacer constar que sólo sé, lo que es público, esto es, la participación de V. en la obra del señor General Díaz, ignorando los acuerdos, compromisos o desavenencias que haya V. tenido con los hombres que se han considerado como directores del grupo científico, y que como V. colaboraron en el Gobierno que acaba de caer, y las causas que motivaron unos y otras.

Soy de V. señor General, atento seguro servidor.

Ramón Prida.

